

William Ospina. *La lámpara maravillosa*.
Bogotá, Mondadori, 2012, 98 páginas

Recibido: 24-08-2012 • Aceptado: 14-09-2012

Una falsa esperanza

Pedro Pablo Salamanca Molano*

Si las sociedades confiaran en la eficacia de la educación, sin duda, diseñarían mejores sistemas educativos. Esta parece ser una conclusión posible en los cinco ensayos que constituyen la última publicación de William Ospina. Este volumen que prolonga una forma de libro al que nos ha acostumbrado este ensayista colombiano, se suma a una lista de publicaciones breves sobre temas sin duda extensos: *Es tarde para el hombre* (1994), *¿Dónde está la franja amarilla?* (1997), *Los nuevos centros de la esfera* (2001), *La decadencia de los dragones* (2002), *La escuela de la noche* (2008). Estos *Cuatro ensayos sobre la educación y un elogio de la lectura*, como se indica en el subtítulo, además, anuncia no sólo el tema sino la postura: una censura a la educación y una apología de la lectura.

Cada cierto tiempo se publican libros que llaman la atención sobre los cambios que deben hacerse a la educación. En efecto, de tanto en tanto, aparece alguien dando alaridos y promulgando una “nueva educación”. ¿Qué tan nueva y por qué seguir soportando esas inquisiciones? En *Preguntas para una nueva educación*, el ensayo inicial, el joven novelista colombiano nos propone al menos tres preguntas fundamentales acerca de lo que debe responder el sistema educativo: ¿Debería enseñarse más el escepticismo y la inquietud que la certeza tanto del conocimiento como de las actitudes? ¿Cómo reconciliar la rentabilidad y la productividad con una formación para la ciudadanía del mundo más real, aplicable y equilibrada? ¿Cómo lograr enseñar, o al menos fomentar, la pasión por el conocimiento, el placer de estudiar, la seguridad de que “la educación no nos dé apenas un recurso para el trabajo, una fuente de ingresos, sino un ejercicio que permita la valoración de nosotros mismos?” Estas preguntas, entre otras no menos pertinentes, reflejan angustia y desconfianza en los métodos de la educación de estos días.

Salvo algunos pocos ejemplos en la historia, las sociedades demuestran una casi indefendible inconformidad con los sistemas educativos que las reproducen. Sin embargo, no es aventurado asumir que si bien la educación es uno de los subsistemas de la estructura de las sociedades hace ya tanto que es incapaz de realizar parte de sus ideales; está cada vez más ocupada en repeler y adaptarse a los ritmos y los embates en contravía de todas las otras instituciones sociales, los medios de comunicación, por ejemplo. De ahí tantos gritos, tantas inconformidades. Seguramente, así como la historia nos ha mostrado sociedades y épocas para el

* Magíster en Literatura Hispanoamericana. Profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Libre, sede Bogotá. Correo institucional: pedrop.salamancam@unilibrebog.edu.co

desenfreno, para la conquista y para la devoción, habría que asumir sin exasperación que ésta es una época para el entretenimiento y la educación debiera contribuir a formar seres para asimilarlo y practicarlo. Tal vez debiéramos concebir una nueva educación para un nuevo *mundo feliz*, sin golpes de pecho. Sin embargo, mientras que la educación con todos sus protagonistas ejercen una inquebrantable terquedad, todos los demás promueven el entretenimiento, la diversión fácil. Esta preocupación la sugiere William Ospina y la comparte con otros esfuerzos tan valiosos como los que hace la autora norteamericana Martha Nussbaum en ese libro preocupante *Sin fines de lucro* en el que trata de justificar “por qué la democracia necesita de las humanidades”.

En el segundo ensayo *Carta al maestro desconocido*, Ospina elabora una amistosa exhortación a los maestros. Una vez más aparece ese gesto que impide distinguir entre la advertencia y la confianza, una mano ya tan frecuente sobre los hombros del maestro. Si acusar al sistema educativo de todos los males de la sociedad resulta impersonal, ya hemos encontrado un doliente: el maestro; esa forma de quijote de las últimas páginas. El razonamiento es tan indefendible como delirante: las sociedades no funcionan porque la educación no opera adecuadamente; la educación no es eficiente porque el profesor es inoperante. Parece una certeza incontrovertible responsabilizar al profesor de todas las catástrofes que aquejan a las sociedades. Existe una larga lista de reclamos que se advierten cuando se escucha algo como “¿Pero, quiénes fueron sus profesores?” Una comparación injusta y desproporcionada le sirve a Ospina para señalar la trascendencia del maestro. La idea de que los maestros, como los guerreros antiguos, deben salvar los pueblos y, por supuesto, disfrutar del mismo prestigio. Si bien, no hemos dejado de confiar la salvaguardia de los Estados y los gobiernos a los guerreros, es necesario reconocer que esos pueblos se han perpetuado mediante la guerra y todo lo que esa convicción implica. Pretender que el maestro sea el salvador de las sociedades actuales es hacerle exigencias desaforadas, pues las sociedades contemporáneas obnubiladas por el entretenimiento elemental descreen del conocimiento: el arsenal del profesor. Las ideas, la creatividad y la imaginación están más dispuestas al servicio de las industrias del entretenimiento, de la creación de necesidades con apariencia de necesidades comercializables que a la comprensión del mundo y nuestra presencia en él.

Una triple petición, más o menos amable, más o menos digna, le hace William Ospina al maestro —no entiendo por qué *desconocido*, si cada quien ejerce su derecho a la insolencia, lo identifica y lo acusa; ciertamente sabemos quién es—: “Una, la importancia del aprendizaje a través del hacer. La segunda, entender que la educación no educa a todos sino a cada uno: que una formación que ayude a vivir debe tener en cuenta las preguntas que brotan de cada conciencia, de cada ser humano. La tercera, que en el camino de superar lo puramente cerebral, teórico e intelectual, es urgente aprender con todo el cuerpo”. Vale la pena arriesgarse a afirmar que no existe un maestro cuya experiencia no le haya obligado a reconocer

y valorar estas tres conclusiones tan inapelables y tan desconocidas por quienes hacen las políticas educativas. Aun así, tales recomendaciones no dejan de ser un exceso, pues ya las sociedades actuales han arrinconado de tal manera al maestro, que ni siquiera le permiten ejercer el histrionismo —el menor de sus atributos necesarios para enfrentar los cursos—. La educación está asediada por esa forma nueva de lo siniestro que constituye la administración educativa y sus demonios. Esa epidemia cuyo antídoto no se vislumbra, lo ha sometido a llenar formas inútiles, lo ha expulsado del escenario afectivo que implican las relaciones educativas que antes que cualquier otra cosa se instauran como negociaciones entre seres humanos para construir a ambos costados del diálogo con todos los riesgos implícitos —“un maestro es el celoso amante de lo que podría ser”, escribió G. Steiner—. La administración de las instituciones educativas ha conminado a los maestros a evaluaciones incompletas y desmedidas con la pretensión de moda que asume que si se vigila, se clasifica y se arruman datos en estadísticas —más bien mezquinas— para tomar decisiones, la calidad de la educación mejora; nada más lejano a la complejidad esquiva del escenario de las clases, nada más cercano a la perversidad —“Cualquier día, media Francia parecerá estar poniendo exámenes y *concours* a la otra media.”, escribe Steiner—. Sobre los maestros, se pregunta Ospina, casi ingenuamente, “¿Cómo pueden tener, un reconocimiento menor que el de los guerreros?” Cómo acoger esa pregunta sin alarmarse cuando el profesor se ha visto casi obligado a disculparse con la sociedad —jefe inmediato incluido— por su atrevida decisión de dedicarse a enseñar algo.

“Se ruega no utilizar estas páginas como instrumento de tortura pedagógica”, Daniel Pennac (1992) hace esta curiosa advertencia en su libro *Comme un roman* en el que se destaca ese decálogo desafiante sobre la lectura. Lo que alarma más que ese decálogo es la seguridad con que se asume que ése y por extensión cualquier otro material pueda ser utilizado como arma de tortura; no es nada complicado establecer que el mote de torturadores va dirigido a los maestros de escuela. Los maestros, —y Pennac lo ha sido—, solemos acusarnos sin cansancio y no pocas veces sin razón, como si no bastaran las feroces acusaciones que se nos enrostran.

George Steiner, ese inigualable inquisidor de tantos asuntos y autor de libros ya necesarios, ha sugerido en ese tratado sobre los maestros, *Lecciones de maestros*, que ni Jesús ni Sócrates serían aceptados en universidades de hoy. Las razones son diversas: les faltarían publicaciones, credenciales y a lo mejor, también, experiencia. Uno puede leer que lo que quiso decir Steiner es que ya no se aprecia la sabiduría, que son más importantes otras “virtudes” y un sinnúmero de formalidades para ser maestro. Chesterton (1910) dejó escrito que “Estamos en la época del mistagogo o del profesor universitario, el hombre que no tiene nada que decir, pero lo dice solemnemente en voz baja con un susurro indistinguible”. Ciorán (1952) escribió que los profesores son unas “máquinas de leer”, una especie de devoradores de los proyectos de los demás. A ellos, a los maestros, a esos informantes de lo recién escrito, a esos directores de orquesta sin pentagrama y sin batuta, a esos practicantes

del fastidio, a esos torturadores, les confiamos lo mejor de nuestros hijos. Hay una curiosa resignación o inocente práctica si tenemos en cuenta que pese a toda esa indigna desconfianza en los maestros y en el sistema educativo les entregamos las edades más inquietas y más ingenuas de nuestros hijos. Lo mismo puede decirse de las instituciones que forman para el trabajo, si sobre éstas reposa el desarrollo de una sociedad, sus formadores —los maestros— deberían obtener condiciones inmejorables para desarrollar su labor, tal vez ese es el óbice para la vigilancia y la supervisión de todo el sistema; también lo es para sustentar y reclamar una retribución más digna y ajustada por parte de los profesores.

La educación la piensan casi todos y casi cualquiera puede y se atreve a hacer sugerencias, muy pocos lo harían con la ingeniería o las finanzas, y es frecuente que autores e investigadores de las cepas más diversas se atrevan a sugerir y a exigir cambios. Este novelista no deja de mencionar algunos lugares comunes sobre la educación que relaciona de manera inteligente con las formas e ideales de la sociedad. “Que se aprende con el cuerpo” había escrito en un ensayo admirable sobre la Grecia antigua, *Grecia: donde el cuerpo era el alma*, que la especialización ha trastornado la integridad y que el fin arruina los medios y el fin mismo.

Un instrumento fantástico, una lámpara maravillosa, le sirve a Ospina para hacer un elogio, uno más, de la lectura, ¿por qué habría de elogiarse la lectura? Ya hemos conocido encomios sobre la dificultad, elogios diversos a tantos asuntos: a la locura, por ejemplo, —Chesterton escribió varios, uno de ellos al plomo—; defensas del absurdo, de las novelas de detectives, también de Chesterton, que un elogio más de los libros, “esos labios de papel o de luz” no debería ser motivo de atención. Sin embargo, en *La lámpara maravillosa* su autor consigue duplicar ese elogio: “Todo cabe en ellos, la lucidez y la necedad, la oscuridad y la luz. Son un juguete que es también un arma, un veneno que es también una medicina, una blasfemia que es también una alabanza”.

De William Ospina se podría afirmar lo que de Platón escribió G. Steiner “Es preciso releer a los maestros... todo es verdad en Ospina —Platón— lo cual no implica que haya que creer todo lo que dice”. El ensayista colombiano se concentra en la educación sin hacer referencia a los nombres más pomposos de la teoría pedagógica, que no es esa su intención; hay que reconocer, sin embargo, que merece ser tenido en cuenta por quienes hacen esas enjundiosas teorías y políticas educativas. En estos “*Cuatro ensayos sobre la educación y un elogio de la lectura*” no encontramos un tratado específico para la educación de algún país, sino alarmas de consuetudina con el admirable propósito de lograr una educación valiosa —acepción digna— en cualquier lugar del mundo.

Indudablemente, William Ospina se preocupa por un ideal de hombre, un ideal de ser humano que cada vez más se queda sin espacio para disfrutar de aquello que las sociedades modernas le han quitado: el asombro, la lentitud, el respeto, la

curiosidad; que a su vez le ha impuesto un frenesí de información, un vértigo de ideales que no puede realizar sin comprar algo; una agitación constante por ofrecer resultados con la ingenua pretensión de ser el mejor en algo. Por supuesto, en *La lámpara maravillosa* volvemos a encontrarnos con esa actitud, con esa convicción romántica que le permite a su autor pensar aún que la educación podría rescatar lo que de humano no ha consumido la industria. Es lo que entendemos en este fragmento: “Todo profesional comprometido y apasionado es un artista; y arte no significa aquí sólo la búsqueda de armonía y de ritmo, de belleza y refinamiento, sino de sentido profundo, de fuerza creadora, de revelación y de fecundidad”.

Menos mal, comentarían algunos académicos, que William Ospina ha tenido la prudencia de no hacer ejercicios didácticos. De los escritores no repelemos que se atrevan a escribir sobre cada cosa, pero les exigimos que al menos lo hagan de manera provocadora. Si sus ideas no son convincentes, su escritura sí debe al menos parecerlo. La escritura de Ospina, hace rato ya madura —altisonante, rimbombante, escribió un académico en una reseña de *Los nuevos centros de la esfera*— no consiste sólo en escaramuzas verbales para exponer verdades incómodas, su delicado y amistoso estilo excede alguna indignación estéril o pesimista. Aunque ágil, no hace concesiones estilísticas pues no ignora que sus ideas seguramente no serán tenidas en cuenta sino como esfuerzo estético.

Tal vez, concluimos, la educación no desarrolle la inteligencia, tal vez los maestros sólo pueden dedicarse a divulgar información, tal vez nos demoramos en apreciar el conocimiento; seguramente, la sabiduría no se enseña, como la vida no se crea, se transmite y cada quien hace de ella lo que puede. Parodiemos una vez más a Chesterton, “la educación no tiene nada de malo, salvo sus ideales”.